Tomo 8 REPERTORIO AMERICANO Núm. 22

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1924 LUNES 18 DE AGOSTO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

El gran equívoco

La raza, como hecho biológico, no existe en la República Argentina, ni puede existir mientras sea este un país de formación inmigratoria, ni existirá sino cuando se efectúe la fusión de los diversos elementos étnicos que hoy confluyen a su seno. No pertenecemos a ninguna raza; pero tenemos la aspiración patriótica de formar una, y hasta hablamos ya de ella, con el mismo derecho que las naciones más antiguas cuando formaron las suyas. La ignorancia de ambas estas cosas extravía y malogra muchos buenos propósitos. Olvídase de tal modo lo que existe realmente, o sea la familia espiritual que tiene por vínculo y por órgano expresivo el idioma. La aproximación de España con América es, pues, obra de cultura. Cultura simultánea de la simpatía y de la inteligencia. Somos de la familia hispánica, pero no de la raza española, así como la misma España de hoy es latina, pero no romana. La ascendencia hispánica nos satisface y enorgullece. Queremos a España con particular afecto; pero sin olvidar que somos tan extranjeros allá, como los españoles en la República Argentina. La exageración metafórica que afirma lo contrario, es dañosa como todo lo excesivo. Jamás realizaremos nada útil si continuamos engañándonos con ella. Ningún argentino quiere que su país sea una nueva España. Lo desea, al contrario, más argentino cada vez, es decir más y más distinto de cualquier otro. Cualquier argentino que sea de pura sangre española como yo, se sentirá mucho más próximo a otro argentino hijo de ingleses, alemanes, italianos o rusos que a un español de España. Este es otro hecho capital, excluyente de la raza cuyo elogio inspira tanto discurso floribundo.

Es que esos oradores tratan en vano de quitar a la emancipación su profunda trascendencia. Aquella no fué, como pretenden, una guerra civil, sino esta cosa augusta y enorme: la fundación de la Patria. No de otra España, sino de la República Argentina, única y exclusivamente argentina, que ama a España y que debe amarla, pero con la alteza, muy española, de sentirse igual por ser quien es.

LEOPOLDO LUGONES

(*Social*, La Habana).

El disfraz patriótico de todas las dictaduras

En España preparan los políticos del nuevo régimen la celebración del primer aniversario de «la revolución sin sangre» llevada a cabo en setiembre del año pasado por el enérgico General Primo de Rivera. Esta conmemoración tendrá un acentuado carácter «popular». Se hará un plebiscito de simpatía, apoyo y gratitud, al jefe militar de la revolución, cuyo título de restaurador de la vida nacional, la «opinión pública» ha reconocido de manera tan rotunda como espontánea.

La dictadura militar que hoy impera en España no falta al conocido, al histórico sistema de legitimación practicado por todos los regímenes autocráticos, por todos los gobiernos ilegítimos: la defensa de la patria, la «restauración nacional». La dictadura en el gobierno de un pueblo que ha vivido dentro de un régimen constitucional, es una consecuencia, un producto de la decadencia, no una reacción contra ésta. Cuando la vida política se corrompe y debilita, hay un ambiente propicio a la aparición de brotes autocráticos, porque relajadas las fuerzas políticas de moralidad y legalidad que serían en plena vitalidad, un obstáculo a las propensiones dictatoriales, el dictador encuentra llano el camino y aparece en toda su falsa y brillante grandeza. Las circunstancias en que se verifica el advenimiento de la dictadura, dan al que viene a ejercerla una apariencia de salvador, de restaurador, de héroe nacional. Así se explica la onda de «popularidad» que estalla a los pies del caudillo. No es difícil celebrar popularmente el primer aniversario de una dictadura.

¿Pero el segundo, el tercero o el cuarto? En la vida de los pueblos contemporáneos, que han alcanzado cierto grado de civilización, la libertad no es solamente una noción especulativa: es un factor esencial. Un pueblo moderno no puede vivir normalmente sin ese principio dinámico que se ha incorporado no como una cosa muerta, sino como una fuerza real a la civilización contemporánea. Cegar esa fuente que nutre el organismo y vigoriza la existencia social de los pueblos de hoy, equivale a producir una situación anormal, un «estado patológico», que, por fuerza, tratándose de una nación, ha de ser transitorio. El tipo actual, el tipo adquirido de gobierno en el mundo civilizado, es el de la democracia, más o menos pura, más o menos perfecta, en que se respetan, por lo menos, las formas democráticas en la actividad política. El autocratismo es un tipo superado, un tipo desechado. Su imperio no puede ser estable dentro del grado de cultura política que han alcanzado pueblos europeos y americanos. No es muy fácil celebrar popularmente el cuarto aniversario de una dictadura.

Pero hemos tomado el caso de España y de su dictador militar para hablar de la «necesidad patriótica», que es el título de legitimación y la bandera popular de todas las dictaduras. Ya vimos cómo, históricamente, el autocratismo aparece en circunstancias que lo presentan como el refugio y el paladín de la salvación nacional. Tal es la apariencia. ¿Pero cuál es la verdad?

Acaparados realmente por un solo hombre o por tres o cuatro, los poderes del Estado, el ejercicio de éstos dirígese fatalmente a favorecer los intereses del grupo imperante. Así como

el gobierno de una mayoría tiende a servir intereses más generales, más democráticos, el de una minoría se encamina a proteger, de preferencia, y casi siempre exclusivamente, intereses más reducidos, menos comunes, más particulares. Es una ley de proporción, cuyo fundamento reside en la misma naturaleza humana, cuyo cumplimiento riguroso testimonia la historia y cuya verdad confirma el estudio de la evolución del Estado: la acción de un gobierno en el sentido de defender y estimular intereses, es decir, de procurar bienestar y engrandecimiento, sólo abarca aquella porción social de donde ha emanado su poder. En esta escala, una autocracia verdadera constituye el gobierno menos nacional, menos patriótico, tomado este último vocablo, no en un sentido oratorio y romántico, sino en su significado justo de acción eficaz hacia el progreso integral de la patria. Una oligarquía, o sea el gobierno de una clase, hace un ejercicio más colectivo, pero no propiamente democrático, del poder. Una democracia pura haría el gobierno perfecto, comprensivo de la integridad de los intereses de la comunidad. Así el régimen será tanto más nacional, cuanto más democrático. Todo dictador, aunque en un principio tome el poder con fines de restauración nacional, se torna al poco tiempo en el verdadero enemigo de la patria.

«Progreso integral» hemos dicho. Y con esta expresión queremos significar el desarrollo armónico de todas las fuerzas, de todos los aspectos nacionales. Es ese progreso el que necesitan los pueblos, y el que las dictaduras no realizan jamás. El autocratismo suele fabricar, valiéndose de un abusivo ejercicio del poder, el esplendor material, más aparente que verdadero por cierto, de los pueblos que sufren el dorado y despótico dominio. La dictadura siempre ha querido buscar en una prosperidad económica, la imposible legitimidad de su ilegitimidad. Pero el progreso espiritual, la exaltación de las más nobles fuerzas nacionales, ¿la hacen, la pueden hacer los regímenes absolutos? No, absolutamente no, porque ese engrandecimiento espiritual sería el principio de su fracaso. Por eso, mientras el General Primo de Rivera halaga a los agricultores y la Asamblea agraria de Sevilla lo aclama estruendosamente, Rodrigo Soriano y el eximio maestro Unamuno soportan angustiosamente el confinamiento.

Así la dictadura en España y así todas las dictaduras tropicales que han existido en esta nuestra América, tan paradójicamente democrática.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Las siete hermanas

SAN JOSÉ.—Reunidas estamos para celebrar las glorias de la Patria.

HEREDIA.—Somos siete alegres hermanas.

ALAJUELA.—Nuestros corazones palpitan como si fueran uno solo.

CARTAGO.—Una sola aspiración tenemos todas: el engrandecimiento de la querida Costa Rica.

PUNTARENAS. — Por ese alto ideal abandonamos siempre toda rencilla interna.

LIMÓN.—Por esa honda aspiración renunciamos a las pequeñas vanidades.

SAN JOSÉ. — A los pies de la Patria amada pongo yo las bellezas de mi ciudad capital.

CARTAGO.—Como penacho grandioso para su cabeza adorada, mi altivo Irazú lanza hacia las nubes su imponente humareda.

LIMÓN.—Lamiendo cariñoso su zapatilla de cristal, mi Atlántico soberbio olvida sus tempestades.

ALAJUELA. — Para ornar su frente refulgente, va tejiendo, con el encaje de sus espumas, mi San Carlos caudaloso, un velo sin igual.

PUNTARENAS.—Y en el fondo de mis golfos cuaja el Pacífico sus perlas ingenuas en honor de la Patria adorada.

HEREDIA. — En las salas encantadas de mi Escuela Normal preparo yo el mejor de los homenajes a Costa Rica, saturando el alma de los futuros maestros de nobleza y de sabiduría.

SAN JOSÉ.—Mis mujeres y mis edificios...

ALAJUELA. — Mis cañaverales y mis llanuras...

HEREDIA.—Mis maestros y mis prosores...

CARTAGO.—Mis hombres y mis volcanes...

PUNTARENAS.—Mis esteros y mis corales...

LIMÓN.—Mis puertos y mis cocales...

SAN JOSÉ.—Todo lo tenemos para la mayor gloria de Costa Rica.

ALAJUELA.—Y tú, hermana cenicienta, ¿no dices nada?

HEREDIA.—¿No sientes el amor que enciende nuestras almas?

GUANACASTE.—Tenéis razón cuando afirmáis que soy la cenicienta, pero vais erradas al afirmar que no arde mi alma morena con el fuego del santo amor a Costa Rica.

PUNTARENAS. — Hermana y vecina, entonces ¿por qué guardas silencio?

LIMÓN.—¿No tienes nada que ofrendar en el altar de la Patria común?

CARTAGO. — ¿Qué airones de humo lucen tus montañas lejanas?

SAN JOSÉ.—¿Qué escenario grandioso hay en tus selvas enigmáticas?

ALAJUELA.—¿Qué ríos arrastran su indolencia por tus llanuras infinitas?

HEREDIA.—¿Cuáles ánforas sedientas posees en donde el maestro vierte su sabia modestia?

PUNTARENAS. — ¿Y las perlas de tus golfos y los tesoros de tus minas, dónde están?

LIMÓN.—¿No tienes, pues, nada que dedicar a nuestra Costa Rica adorada?

SAN JOSÉ.—Dejadla hablar. ¡Es tan tímida.

TODAS—¡Que hable! ¡Que hable!

GUANACASTE.—Las perlas se cuajan en la boca de mis morenas así como en el fondo de sus ojos vivos se enciende la chispa radiosa de los diamantes; los tesoros los guardo, así en lo profundo de mis montañas como en lo íntimo de los corazones de mis sabaneros viriles; mis maestros siguen el ejemplo que yo misma les doy.

ALAJUELA.—¿Y cuál es?

GUANACASTE.—Así como, allá en el Norte, el penacho de humo de mis volcanes se pierde en la lejanía sin que nadie parezca admirarlo, así del alma de los míos se desprende el incienso inagotable del patriotismo.

HEREDIA.—¿Y cómo podrías demostrarlo?

GUANACASTE.—Cerrad por un momento los ojos al orgullo que os producen vuestros progresos.

LIMÓN.—¿Y después?

GUANACASTE.—Dejaos guiar por mí.

PUNTARENAS.—¿Por ti?

GUANACASTE.—Sí, por mí, hermana más hermana que las otras.

SAN JOSÉ.—¿Adónde nos llevas?

GUANACASTE.—No nos alejaremos de aquí.

ALAJUELA.—¿Entonces?

GUANACASTE.—No seréis vosotras las que a mí iréis; seré yo quien ante vosotras, hará desfilar los encantos de una vida patriarcal que muy pronto olvidasteis.

HEREDIA.—No comprendo.

GUANACASTE. — Esperad; los hijos míos de sangre tostada por el padre sol van a pasar: escuchadlos:

(Aquí las siguientes escenas guanacastecas: *Pidiendo la Chavala*, *Los Sabaneros*, *Amores Callejeros* y *La Parranda;* en esta última deben bailarse el matuteao, el pavo y el punto).

GUANACASTE.—Basta ya.

HEREDIA.—Hemos visto el alma de la Patria brillar al través de los chis-

peantes ojos de tus hijos adorados.

SAN JOSÉ.—Eres una maga prodigiosa que esconde, avara, sus tesoros.

PUNTARENAS.—No es que los esconda; es que nosotras no quisimos nunca irlos a buscar.

ALAJUELA.—Es la hermana que, por sus costumbres puras, más cerca está de la Patria nuestra.

LIMÓN.—Mereces el aprecio de todas nosotras.

CARTAGO.—Eres la más costarricense.

GUANACASTE.—No, hermanas mías, todas somos ticas con el mismo entusiasmo: si alguien se atreviera a ofender el sagrado pabellón de los tres colores, estoy segura que todas vibraríamos al mismo tiempo con la misma indignación.

(Se descorre el telón que deja ver a Costa Rica con sus atributos hermosos).

GUANACASTE.—Somos hermanas. Allí tenéis a la madre de las madres. Entonémosle juntas la canción sagrada y olvidemos en sus brazos amorosos, las rencillas vanas que nunca lograrán separarnos.

(Apoteosis, Himno Nacional).

JOSÉ FABIO GARNIER

El decrecimiento de la población de Caracas

Por el Dr. LUIS RAZETTI,

Profesor de la Facultad de Medicina, Secretario de la Academia Nacional de Medicina y Cirujano del Hospital Vargas

(Trabajo leído en la sesión ordinaria de la Academia de Medicina el 1º de abril de 1924).

Este trabajo fué publicado en folleto y de él copiamos los fragmentos que van a continuación:

«Vengo hoy a ocupar la atención de esta Academia con uno de nuestros más graves problemas administrativos: El decrecimiento de la ciudad de Caracas.

»Esta ciudad y sus parroquias foráneas, la capital de la República, el cerebro de la Nación, lejos de aumentar por el natural movimiento vegetativo, base del desenvolvimiento de las urbes, nos ofrece el doloroso espectáculo de un constante desequilibrio entre las cifras de la natalidad y las de la mortalidad, en favor de la última.

»Según el Censo Oficial, Caracas y sus parroquias foráneas tenía en 1908 una población de 113.412 habitantes. Esta población era para el año 1920 de 110.421 según la siguiente curva descencional:

»Población calculada para el 1º de enero de

1908	113,412
1909	113,072
1910	112,961
1911	112,667
1912	112,400
1913	112,140
1914	112,345
1915	112,461
1916	111,572
1917	111,939
1918	111,939
1919	110,159
1920	110,421

»Entre la población del año 1908 y la del año 1920 hay una diferencia en contra de 2991 habitantes. Es decir, que esta ciudad capital, la mejor dotada, la mejor cuidada, la que dispone de más y mejor organizados servicios sanitarios, lejos de aumentar el número de sus pobladores por movimiento vegetativo y migratorio *en 16 años ha disminuido en casi tres mil habitantes*. Esta es una muy grave situación demográfica. Caracas se despuebla.

»Yo considero que estas cifras traducen un deplorable estado sanitario cuyas causas es urgente averiguar a fin de salvar esta ciudad de la ruina fatal que la amenaza. Si en lugar de haber tenido *—como lo hemos tenido en estos 16 años seguidos—* la mortalidad espantosa de 30 y más por mil, hubiéramos tenido siquiera la mortalidad máxima permitida por la higiene en las urbes mediocremente saneadas de 20 por mil, en vez de acusar hoy ese doloroso déficit, podríamos anunciar una ganancia efectiva de... 20,000 habitantes.

«Con tal mortalidad ni esta ni ninguna ciudad del mundo puede progresar. Debe haber algo que impida el natural desarrollo demográfico de Caracas.

»Yo no vacilo para atribuir esa excesiva mortalidad general al contingente que le aporta la mortalidad infantil, de acuerdo con las estadísticas. Caracas pierde la tercera parte de los niños que nacen, antes de llegar a los cinco años.

»En 1908, al principiar el período de 16 años que estudiamos, hubo 2,483 nacimientos y murieron 735 niños menores de 4 años.

»Diez años después encontramos las siguientes cifras:

1918	Nacidos....	3,310	Muertos...	958
1919	»	 3,270	»	... 1,052
1920	»	 3,730	»	... 1,218
1921	»	 3,506	»	... 1,621

»Según los registros del Departamento de Sanidad, el coeficiente de mortalidad infantil en la ciudad de New York en 1923 fué de 66 por mil. En Caracas el coeficiente medio de mortalidad infantil es de 328 por mil.

»La causa de esta enorme mortalidad infantil debe atribuirse a los factores siguientes:

a) La ilegitimidad de los hijos.
b) El analfabetismo de los padres.
c) El alcoholismo y la sífilis.
d) El abandono absoluto en que se desarrolla la infancia.

»La ilegitimidad de los hijos guarda esta proporción:

Nacimientos en la República en un año	75,892
Hijos legítimos	12,420
Hijos ilegítimos	63,472

Lo que da un 84 % de ilegitimidad.

»Población de Venezuela. Censo del 1º de enero de:

1909	2.647,624
1910	2.685,440
1911	2.613,544
1920	2.411,952

»De 1909 a 1920, es decir en once años, la población de Venezuela ha disminuido en 235,672 habitantes.

»El mínimum de la mortalidad corresponde al año inicial de 1908 con un 24.83 por mil y el máximum corresponde al año de 1915 con un 41.53 por mil. Hay que advertir que en este último año no hubo ninguna epidemia notable a qué atribuir ese enorme pormilaje de mortalidad, sin precedentes en nuestra demografía.

»En los últimos 16 años la población de Caracas no sólo no ha aumentado por movimiento vegetativo, como es lo lógico y natural, sino que arroja un saldo en contra de 2,991 habitantes, como diferencia entre las defunciones y los nacimientos, en favor de las defunciones.

»La alarmante mortalidad infantil que señalan las estadísticas en ese lapso de 16 años, es la causa principal de la paralización de la ciudad capital como entidad demográfica, y yo creo que nosotros estamos en el deber de repetirlo cuantas veces sea necesario porque en ello está comprometido nada menos que el porvenir de la República, y nosotros somos los únicos que tenemos autoridad para decir estas cosas, simplemente porque somos médicos higienistas. Doloroso es decirlo; pero ni la sanidad oficial ni la filantropía privada han hecho hasta ahora nada verdaderamente útil contra tan alarmante estado demográfico.

»La cifra del analfabetismo en ese período de 16 años es también dolorosa. Al final de este estudio hay un Apédice en donde está la distribución de la instrucción primaria en América. Allí se verá que Venezuela ocupa el último lugar en materia de instrucción pública. Con dos millones y medio de habitantes tenemos 43,041 alumnos inscritos. Ecuador con un millón y medio de habitantes tiene 65,000 alumnos. Bolivia con dos millones ochocientos mil habitantes tiene 60,000 alumnos. Haití con dos millo-

nes de habitantes tiene 62,000 alumnos y las islas Haway con apenas 263,000 habitantes tiene 43,000 alumnos.

»La cifra de 43.041 de alumnos inscritos en las escuelas de la República, cuya población es estimada en 2.411,952 (cifra oficial) da un pormilaje de *diez y siete, el menor que existe en toda la América*. Venezuela ocupa, pues, hoy en materia de instrucción primaria federal el último lugar del Continente Americano.

»Como mis honorables colegas que tienen la bondad de oirme se habrán dado cuenta de toda la gravedad que encierran estas sencillas cifras, creo de mi deber advertirles que todas derivan de estadísticas oficiales. De 1908 a 1912 las he tomado del Anuario Estadístico que antes publicaba el Ministerio de Fomento; de 1913 a 1918 las he adquirido directamente del Ministerio de Fomento, y las de 1919 a 1923 las he encontrado en los Anales de la Dirección de Sanidad Nacional. De modo que las cifras demográficas que figuran en este trabajo son dignas de fe, porque son oficiales.

»Hay principios demográficos que son axiomas:

—»Toda aglomeración humana cuya mortalidad sea mayor que su natalidad está en camino de su ruina, porque no hay progreso posible sin aumento vegetativo de la población.

—»Toda aglomeración humana cuyo número de individuos no aumente progresivamente y según una proporción racional, está en peligro de desaparecer lentamente.

»Para que esta población pueda aumentar dentro de los límites más estrechos compatibles con el progreso, sería necesario que la mortalidad en vez de sostenerse en las altas cifras de 30 y 40 por mil, como ha sucedido en los *16 años últimos*, descendiera siquiera a 20 por mil, que es el máximun de mortalidad permitido por la demografía a una población mediocremente saneada.

El Dr. Razetti termina su importante trabajo con estas palabras:

«Sr. Director de Sanidad Nacional: Oíd esta dolorosa revelacion: El estudio de la demografía dinámica de la ciudad de Caracas demuestra que su población decrece porque el número de las defunciones es mayor que el de los nacimientos. El decrecimiento de la población de una ciudad es el principio de su ruina futura. Procure Ud. evitar la ruina de Caracas: es la capital de la República; y no se olvide Ud. que aquí nacieron Bolívar, Bello y nuestra Libertad...

En la discusión académica del trabajo de Razetti el eminente patólogo e higienista, Dr. Francisco A. Risquez se expresó así:

«Son para poner carne de gallina en el patriotismo verdadero esos datos que acaba de presentarnos en su interesantísimo trabajo el Dr. Razetti, alrededor de este doloroso concepto: Caracas se despuebla y va a su ruina como urbe».

NOTA.—El gobierno de los Gómez prohibió la circulación del folleto y recogió gran parte de la edición, ordenando la prisión inmediata del Dr. Razetti, la que no se llevó a efecto por la intervención del Dr. Bueno, quien hizo ver al Dictador el gravísimo daño que con ello se haría el gobierno ante el concepto del extranjero.

Cantares

(Resquemores).

Cuánto deseaba antaño
una mirada como esas!
en los ángulo los ojos
y los labios entreabiertos!

cuando era yo tan pequeño!
—¿no amaba yo desde niño?—
cuando eran mis sueños, sueños,
y mi realidad mis sueños!

Cómo deseaba entonces
una mirada como esas
con que me miran tus ojos
en esta tarde imprevista,

después de tanta ausencia
en tan corta distancia!
después de tantos siglos
en tan pocos años!

*

Si yo siguiera siendo tan bueno
y no sintieras remordimiento,
estaba claro, claro, muy claro,
que ahí en tu pecho no tienes alma.

(Sus ojos).

Tienes grandes las pupilas
como para verlo todo;
con razón has podido
verme tan hondo, amor!

*

Qué negrura más honda
la de tus ojos!
Es un negro negro
que a fuerza de ser tan negro
me alucina!

*

Tus ojos, qué llamamiento, al verme!
Qué regaño, al no verme!
Mas, cuando te resientes,
qué regaño, al verme!
qué llamamiento, al no verme!

(El amor).

Amar, amar, siempre amar!
Qué fuego de amor hay en mí!
Lo amo todo, todo lo amo,
y más que todo, te amo a ti!

*

Aunque esté lejos de ti
tú siempre has de estar en mí;
si algo ocurre en mis jardines
desde tu balcón lo ves

*

Qué bello dárteme
con todo lo que es mío!
Por ir a buscar mi alma,
que tú me tienes!

*

Si te alejo mucho de mí,
me alejo mucho de mí:
es una ley que en la vida
ya nunca podré violar!

*

Locura; tener una!
Sólo hay dos: Dios
y un amor como el mío!
Venerar algo,
y atreverse, solo—ambos—
cielo, mar, abismo adentro!

*

Dios, para mí, eres tú:
estás más allá, por mí.
Dios, para ti, soy yo:
estoy más allá, por ti.
Y qué camino es Dios,
hacia El,
por ti, por mí!

(El beso).

Nunca jamás fuí a tu boca
pues tu boca vino a mí;
ni tú buscaste mi boca,
pues mi boca fué hacia ti.

Porque al besarnos, el fin
del amor no era besar;
el fin de nuestro besar
era más bien el amor.

Y así nuestro mutuo amor
no halló su fin al besar,
y en la ausencia es nuestro amor
el fin de nuestro anhelar.

RAFAEL ESTRADA

El rayo que mata a distancia

En estos últimos días, los periódicos ingleses y franceses aparecen cuajados de noticias y juicios sobre la invención de un cierto «rayo diabólico» por un investigador inglés, Mr. Grindell Matthews. Esta radiación misteriosa merecería, en verdad, ser llamada diabólica si los experimentos hubieran tenido realmente el resultado que se dice, porque sería capaz de fundir o encender cualquier metal o combustible que encontrase en su camino. Dícese que Mr. Grindell Matthews ha logrado, a una distancia de veinte metros, provocar la explosión de pólvora y de cartuchos, encender una lámpara eléctrica, un quinqué de petróleo, detener la magneto de un aeroplano o de un automóvil. Discurriendo sobre el desarrollo futuro del invento, Mr. Grindell Matthews cree que con un gasto de tres millones de libras esterlinas se podría construir en torno al cielo de Londres una especie de muralla eléctrica que impidiese las incursiones aéreas de una escuadrilla enemiga. Y con una energía todavía más potente, destruir desde lejos un ejército entero.

Si la invención fuera cierta se habría realizado aquella fantasía de Wells en *La guerra de los mundos*, en que los marcianos poseen el secreto de una radiación poderosa y desconocida que hace estallar los proyectiles de los hombres de la Tierra. Se habría realizado también aquella broma del Sr. Cierva, que se decía poseedor de un «rayo verde» con el que aniquilaba a sus enemigos. En principio nada se opone a que el «rayo diabólico» se llegue a descubrir un día, si no lo ha descubierto ya Mr. Grindell Mattews. Así como Arquímedes incendió con sus espejos, que reflejaban el calor solar, los navíos de Metellas, y Buffon quemó a una distancia de veinte metros una estopa, la ciencia moderna podría descubrir otra clase de espejo que reflejase y concentrara en un punto una gran cantidad de las nuevas radiaciones invisibles; por ejemplo, ondas hertzianas muy cortas o rayos infrarrojos.

Se han encontrado varias hipótesis sobre la también hipotética invención de Mr. Grindell Matthews. Así Cherbonneau y Garbarini, especialista aquel en rayos infrarrojos, e inventor éste de un reflector de gran potencia, cuentan que al ensayar en su laboratorio este arco luminoso, por una casual trasposición de los polos se trasformó en un «arco cantante»; es decir, que dejó de alumbrar y comenzó a emitir un sonido musical, convirtiéndose en una fuente de rayos infrarrojos. Bastaría, a su juicio, elevar la energía del foco a un número considerable de amperios, y seleccionar los rayos infrarojos, para convertir el aparato en el instrumento más devastador que haya podido imaginarse. Según otros explican, trátase de producir un rayo conductor, a lo largo del cual se envía una corriente alternativa de alta frecuencia; dicho de otro modo, de crear en la atmósfera, que no es conductora, una línea buena conductora, por donde corre la electricidad como por un alambre, como el agua por un tubo. Según otros técnicos, experimentos muy análogos se realizan desde hace tiempo; pero los ínfimos resultados obtenidos en los laboratorios no permiten esperar por ahora los efectos que Mr. Grindell Matthews pretende haber logrado.

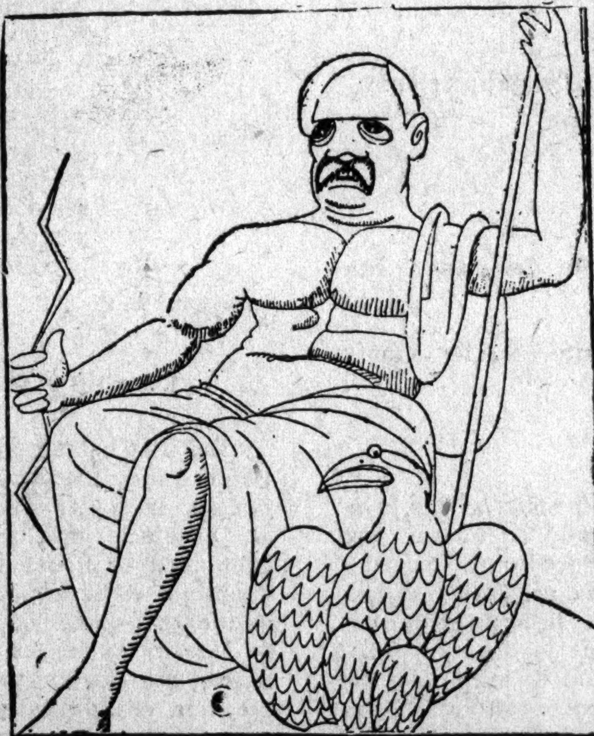
A raíz de todas las invencionas de esta clase surgen algunos hombres de buena voluntad profetizando el fin de la guerra. El «rayo diabólico», dicen también ahora, hace imposible la guerra; cañones, fusiles, proyectiles, cuchillos, alambradas, hasta los botones de los uniformes serán otras tantas antenas para el terrible rayo. Alguno afirma que la guerra futura, sin metales, tendrá que hacerse a puñetazos por dos éjércitos de boxeadores entrenados. Pero más seguro será pensar que la nación poseedora de semejante arma la empleará en la conquista y sojuzgamiento del mundo entero; y si más de una nación descubre el secreto, cada una procurará, en una lucha parecida a la del cañón y la coraza, inutilizar el rayo contrario y aumentar la eficacia del suyo. Las invenciones de la ciencia han traído siempre como consecuencia fatal una mayor crueldad en la guerra; la ciencia aplicada tiene dos caras: una, benéfica; otra, inhumana, como ha demostrado la química con sus explosivos empleados tanto en el aprovechamiento de las riquezas de la tierra como en la destrucción del hombre, con sus nuevas combinaciones de gases, que, según las estadísticas, de los 270,000 soldados americanos pusieron fuera de combate a más de 75,000. La cuestión está en el espíritu con que se aplica la técnica científica, en el fin perseguido. La guerra no desaparecerá simplemente a causa de la enorme potencia de medios materiales, sino cuando un ideal de paz hondamente sentido prohiba a los hombres emplearlos en la aniquilación de sus semejantes.

(*El Sol*, Madrid).

El nuevo Júpiter Mr. Matthews,

Por Bagaría.

Mr. Mattews ha inventado un rayo que mata a distancia y paraliza la marcha de los aeroplanos, automóviles, etc.— De los periódicos.



Mr. Mattews.—¡Mira que si después pudiera inventar un aparato que hiciera desaparecer el planeta! ¡Qué fama tan enorme conseguiría y qué gran progreso para los hombres!

El caso de conciencia del sabio

Muchísimas personas leen en los periódicos, sin sorpresa ni emoción, que las potestades de la tierra y las sociedades industriales, que son también potestades, andan disputándose el invento de míster Grindell Matthews, llamado por unos el «rayo de la muerte» y por otros el «rayo diabólico». Este último nombre, además de pintoresco, es apropiado. En los pueblos de civilización cristiana, el diablo es la personificación del mal, que usó otros nombres y figuras en los antiguos cultos del Oriente. Sin necesidad de creer materialmente en la presencia del diablo en la tierra, se puede llamar diabólicos, por tradición histórica, a las obras de maleficio.

En cambio, habría sorpresa y emoción si se leyera que el inventor de esa caricatura del rayo verde de los marcianos, que puede ser una caricatura terrible, había sido preso, juzgado y sentenciado a muerte como los brujos antiguos.

* *

Los hombres han perdido el hábito de plantearse el caso de conciencia. Este abandono de la inquietud moral está causando efectos destructores. Donde no hay caso de conciencia brota el egoísmo, herico o rastrero. En los pueblos cultos y fuertes se producen accesos de soberbia y dominación, como el que llevó a la ruina a Alemania.

(Pasa a la página 347).



LA EDAD DE ORO

34.—Cuentos chilenos de nunca acabar.

El gato con los pies de trapo

Est'era un gato que tenía los pies de trapo y la camisa al revés ¿querís que te lo cuente otra vez?

Los italianos y el inglés

—Estos eran tres: dos italianos y un inglés. El inglés tiró su espada; los mató y no los mató. ¿Querís que te cuente lo que pasó?

—Bueno.

—Estos eran tres: dos italianos y un inglés. El inglés tiró su espada; los mató y no los mató. ¿Querís que te cuente lo que pasó?...

El gallo pelado

—¿Querís que te cuente el cuento del gallo pelao?

—Bueno.

—Pues, pásate p'al otro lao.

El candadito

—¿Querís que te cuente el cuento del mentao candaito?

—Ya'stá, cuéntameló.

—Andá p'ajuera y güelve ligerito; no te demorís mucho porqu'es muy bonito.

El humito

Esta era una bruja que tenía encantada a una princesa muy linda a quien había encerrado en un ranchito de donde siempre salía un humito. Sucedió que un príncipe muy poderoso vió el retrato de la princesa y se enamoró de ella y salió a buscarla para hacerla su mujer. Después de mucho andar llegó donde la bruja, y señalándole el retrato, le preguntó si podía darle noticias del paradero de la princesa. La bruja le contestó que, aunque sabía en qué parte la princesa se hallaba, sólo podía decirle que estaba encantada y encerrada en un ranchito de donde siempre salía un humito y que mucho habría de costarle dar con ella, pero que cuando la encontrara cesaría el encantamiento. Con esto que oyó el príncipe, quedó muy esperanzado y siguió inmediatamente en busca de su adorada. Anduvo meses de meses y después de pasar muchos trabajos, se encontró por fin con un ranchito del cual salía un humito y a cuya puerta estaba sentada una vieja.

—Señora, le dijo el príncipe, busco a la princesa que representa este retrato ¿no estará por casualidad en esta casa?

—No, mi señor, le contestó la vieja, pero puede ser que esté en un ranchito de donde sale aquel humito que desde aquí se divisa.

Siguió el príncipe andando muchos días, porque el rancho estaba muy lejos, y cuando llegó a él, vió a una vieja que estaba sentada a la puerta y le dijo:

—Señora, busco a la princesa que representa este retrato ¿no estará por casualidad en esta casa?

—No, mi señor, le contestó la vieja, pero puede ser que esté en un ranchito de donde sale aquel humito que desde aquí se ve.

—Siguió el príncipe caminando muchos días más, porque el rancho estaba más lejos de lo que parecía, y cuando llegó a él, vió a una vieja que estaba sentada a la puerta y le dijo:

—Señora, busco a la princesa que representa este retrato...

La hormiguita

'St'era una hormiguita
que de su hormiguero
salió calladita
y se metió a un granero,
se robó un triguito
y arrancó ligero.
Salió otra hormiguita
del mismo hormiguero
y muy calladita
se metió al granero,
se robó un triguito
y arrancó ligero.
Salió otra hormiguita...

(Recogidos por RAMÓN A. LAVAL).

35.—Sin buena voluntad, no hay caridad

Dos días habían andado los aventureros sin que les hubiera sucedido cosa digna de memoria, y se hallaban por las faldas de Sierra Morena, solos y sin camino. D. Quijote se figuraba ver dentro de poco, ya una doncella andante puesta a mujeriegas sobre un león, ya un jayán que se llevaba consigo una princesa, ya un enano que le traía una embajada amorosa. «¡Por las cinco llagas de Nuestro Señor Jesucristo y los Dolores de María Santísima, dijo por ahí una voz cascada y muerta de hambre, una caridad a este pobre ciego!» A Sancho Panza se le fué la sangre a los zancajos: las palabras no podían ser más católicas; pero en nada confiaba cuando se hallaba en semejantes despoblados. Un hombre, acurrucado al pie de un árbol, con un perrito pastor a los pies, era quien había pedido la limosna. «Sancho, dijo D. Quijote, la ocasión de hacer un bien es siempre un buen agüero: las obras de misericordia son préstamos que hacemos al Señor. Abre esas alforjas y provee para quince días a ese desdichado.—Le daré, respondió Sancho, mas no para quince días. Si de hoy a mañana no salimos de estos andurriales, en Dios y en mi ánima que tengamos nosotros mismos que hacer de ciegos.—¿Tan buena cuenta has dado de la repostería, Sancho? Haces bien, amigo: el día que hay, come a tu sabor, y no te dure un mes lo que alcanzaría apenas para una semana. Da lo que puedas a este ciego; no manda otra cosa la ley de Dios; pero lo que des, dalo de corazón. Sin buena voluntad, no hay caridad: los que dan por fuerza, labran para el demonio; los que por orgullo, están condenados». Sancho estaba ya en tierra abriendo las alforjas con loable empeño, y mientras desperdigaba una gallina, dijo a

su amo: «Yo no doy por orgullo ni por fuerza; mas no doy para quince días. Tome este cuarto, hermano ciego, y este jirón de cecina: cómalos a nombre del escudero Sancho Panza, encomendándole a la Virgen.—Ella os lo pague, mi buen señor, respondió el mendigo recibiendo a tientas lo que se le ofrecía: si las oraciones de un pobre pueden con el cielo, allá irán a parar vuesas mercedes. —Miren si discurre bien el esguízaro, dijo Sancho: comed y rezad, hermano, y no hagáis como los que maman y gruñen. ¿En dónde habéis aprendido tan buenas razones?

—»No vale el azor menos
por nacer en vil nío,
ni los decires buenos
por los decir judío»,

respondió D. Quijote. Puede uno ser pobre y ciego, y hablar como D. Santos de Carrión.—Como D. Santos, sea, dijo Sancho: ¿ahora qué dice vuesa merced si en este pradecico, al lado de este bienaventurado, les diésemos nosotros también un tiento a las alforjas?—No dices mal, respondió D. Quijote, ¿pero tendremos agua por aquí?—Y pura y dulce, dijo el ciego: ¿no la oye vuesa merced a cuatro pasos?» D. Quijote puso el oído y alcanzó un blando susurro que de entre unos árboles salía. —Es un arroyo, dijo: el licor más saludable del mundo. —Y el más barato, repuso Sancho. Pero no me hubiera resentido con mi señora doña Engracia de Borja, si nos hubiera acomodado con unos dos frascos de Alaejos y dos de Rivadavia. En verdad que uno viene como a convertirse y santificarse con una copa de Valdeiglesias tras un bocadillo astringente como esta longaniza.

...La caridad descuenta las culpas de la codicia: mira, Sancho, el pobre ciego, que está como si no hubiera pasado bocado por él: favorécele con media docena de bizcochos y una lonja de tocino, que no te serán negados el día del finiquito. Lo que das al pobre, no lo echas en el agua: semilla es que produce en abundancia. O más bien en el agua lo echas; pero, según las divinas letras, allá abajo, cuando menos acuerdes, lo volverás a coger. No digas al pobre: ya te dí; el hambre no pasa sino para volver, y en rotación dolorosa va gastando las ruedas de la vida. La limosna es credencial para con el Señor, documento de que El hace mucho caso. Si tienes un pan, da la mitad al pobre; si dos, dale uno entero.—¿Si tengo veinte panes, dijo Sancho, le habré de dar los diez al ciego? ¿Y mis hijos?—Yo sé muy bien que la caridad principia desde casa, respondió D. Quijote; pero sé también que en este axioma hacen pie los avarientos y egoístas para fomentar su tacañería. Tus hijos serán hijos de Judas, si llevan a mal que socorras con un pan al indigente.—¡Sanchica de mi alma!, exclamó Sancho; y levantándose conmovido: Tomad, hermano, dijo al ciego, estotro bocado; y no se os olvide pedir a Dios por los caminantes. Mirad para vuestro perro este osecillo no tan limpio.—Dos días no hemos yantado, respondió el pobre: nada de lo que me proporcione la misericordia divina por mano de vuesas mercedes, será por demás. La muquición es la vida, señor.—¿Eh?, preguntó D. Quijote; ¿la muquición?—Así llamamos los pobres al pan de Dios, respondió el ciego.—Así lo llaman los ladrones, dijo Sancho; y al comer lo llaman muquir. ¿Sois de la pega, hermano?—Como hay Dios que soy hombre de bien; ¿ni cómo he de robar con estos ojos anochecidos? —¿Y qué diablos hacéis por aquí?, preguntó D. Quijote. Estos parajes no son ricos en caridad: para vivir y para morir, el hombre necesita de sus semejantes, y más uno como vos. El camino real, un puente, la puerta de un mesón os convendrían primero que estas soledades. —Venga a las ancas de mi rucio, hermano, dijo Sancho; yo le dejaré en sitio tal, que sobre el pan le caigan algunos cuartos, si no son reales.

JUAN MONTALVO.

(Capítulos que se le olvidaron a Cervantes).

36.—At home

Bella es la vida que a la sombra pasa
del heredado hogar; el hombre fuerte
contra el áspero embate de la suerte
puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa,
si el aéreo castillo viene abajo,
queda la noble lucha del trabajo,
la esperanza, el amor, la juventud.

¡Hijos, venid en derredor; acuda
vuestra madre también ¡fiel compañera!
y levantad a Dios con fe sincera
vuestra ferviente, cándida oración.
El es quien nos reune y nos escuda,
quien puso en vuestros labios la sonrisa,
da su aroma a la flor, vuelo a la brisa,
luz a los astros, paz al corazón.

Después de la fatiga y del naufragio
ansío rodëarme de cariños;
la serena inocencia de los niños
de la herida mortal calma el dolor.
Es para el porvenir dulce presagio
que al hombre con el mundo reconcilia,
el ver crecer en torno la familia
bajo las santas leyes del amor.

El vano orgullo, la ambición insana,
aspiren a las pompas de la tierra;
su nombre ilustre en la sangrienta guerra
lleno de encono el bárbaro adalid.
Nuestra misión es, hijos, más cristiana:
amar la caridad, amar la ciencia;
puras las manos, pura la conciencia,
dar el licor a quien nos dió la vid.

El sol de cada día nos alumbre
el sendero del bien; nada amedrente
al varón justo, al ánimo valiente
que fecundiza el suelo en que nació.
La libertad amemos por costumbre,
por convicción y por deber. En ella
el despotismo estúpido se estrella:
de la Patria los hierros destrozó.

¡Honra y prez a sus padres denodados!
Entre ellos se encontraba vuestro abuelo;
hoy descansa su espíritu en el cielo,
noble atleta vencido por la edad.
Venid en sus recuerdos impregnados,
y llena el alma de filial ternura,
su venerada, humilde sepultura,
con flores y con lágrimas regad.

Tomad ejemplo en él; y cuando un día
emprenda yo mi viaje sin retorno,
erigidme una cruz, y de ella en torno,
sin una mancha en la tranquila sien,
llenos de amor, de paz, que es la harmonía,
podáis decir de vuestro padre amado:
latió en su pecho un corazón honrado:
no fué un prócer, fué más, hombre de bien.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

(Poesías Completas).

Camoens, estudiante en Coimbra

(Conferencia pronunciada por **AFONSO LOPES VIEIRA** en la reunión de la Asociación Académica de Coimbra, bajo la presidencia del Rector de la Universidad, el día 2 de junio de 1915).

HABLANDO en Coimbra, en una gran fiesta de estudiantes, deseo hablar de un estudiante de Coimbra. Se llamaba Luis Vaz de Camoens.

De 1537 a 1542 Camoens cursó sus estudios en esta noble ciudad, y yo aspiro sólo a recordar algunos versos suyos cuyo íntimo sentido quedó enlazado para siempre en el encanto de este paisaje; paisaje cuya influencia es, en cuanto a mí, tan útil, por lo menos, al refinamiento de los que van por aquí pasando, como la ciencia que los señores profesores suministran en las aulas. Hace poco aún, en una conferencia que dí en el Instituto, en esta ciudad, cuando tuve la honra de presentar este trío encantador de las hermanas Rey Colacao, yo dije, hablando del canto coral, que no me asustaba en demasía que tantos portugueses no supiesen leer, pero que me disgustaba que no supiesen cantar.

Tal afirmación, hecha, por lo demás, en una ciudad tan noblemente doctoral como ésta es, puede parecer extraña a bastantes personas. Pero yo estoy acostumbrado a decir lo que siento y hablo como artista; y aun por eso afirmo que, si tuviese un hijo estudiando en Coimbra, más me pesaría que no amase, no sintiese, en fin, que no admirase la belleza del paisaje, que no que quedase reprobado en los actos que aquí se hacen y que en el tiempo en que yo anduve por aquí, en el primer año, eran presididos por la venerable sombra de un sabio profesor de Derecho Romano que nos hacía pálidos y trémulos, y que yo evoco también con simpatía y respeto.

Para hablar un poco de poesía y de Camoens «mozo de estudio», ¿cómo no voy a hablar primero del paisaje que él tan profundamente sintió y en sus versos tanto amó?

Mas permitan que yo haga esta confidencia: cada vez que vuelvo a Coimbra, temo encontrar a Coimbra menos bella; recelo hallar más cosas agresivas para nuestros ojos; me inquieta que la ampliación de las construcciones destruya el encanto de ciertos lugares que yo y mis amigos íntimamente conocemos y amamos; me asusta, en fin, la idea de encontrarla menos portuguesa por haber perdido un aspecto más, un rincóncito o un árbol cuya belleza antes me encantó! Siempre me quiso parecer que el problema nacional es sobre todo un problema del gusto; y si nosotros hemos sufrido tanto es sólo, tal vez, porque despreciamos la belleza en tantos de sus aspectos. Es preciso, por esto, que los coimbricenses sepan defender el paisaje de su tierra con su más legítimo y más bello motivo de orgullo, y con el mismo espíritu con que en la Edad Media los pueblos defendían las regalías de los Consejos; es preciso que los propietarios encarguen a los artistas el diseño de las casas que construyan, para que las personas educadas y sensibles no se entristezcan al pasear por estos campos; es preciso, en fin, que nos convenzamos de que la belleza del paisaje constituye uno de los más preciosos elementos de un patrimonio nacional, una de las más bellas afirmaciones de la patria. Fué este mismo paisaje—por cierto más bello en el tiempo en que él estaba en Coimbra, pero cuya «alma», que del río se exhala, es la misma de hoy,—el que Luis Vaz sintió y amó al llegar aquí a los doce años, recomendado a su ilustre tío el monje D. Bento de Camoens, para frecuentar las escuelas de Santa Cruz, anexas a ese monasterio y en parte sustentadas por sus propios rendimientos. Frecuentando las Escuelas de Santa Cruz, Camoens era alumno de la Universidad, puesto que Don Juan III mandó, en su larga reforma, incorporar los diferentes colegios a la Universidad, de guisa que todos esos institutos formasen un todo—la Universidad de Coimbra—cuyo establecimiento en esta ciudad derrotó las pretensiones de Lisboa y de Evora y dió grande gloria al monasterio de Santa Cruz.



Retrato de LUIS VAZ DE CAMOENS

(Apunte de JUAN CARLOS HUERGO).

(Pasa a la pág. 347).

A propósito del nuevo libro de Zorrilla de San Martín

Una historia de la génesis espiritual de *El sermón de la paz*, del gran escritor uruguayo

Montevideo, mayo de 1924.

LLEGA a mis manos, oloroso a tinta húmeda, *El Sermón de la Paz*. Me preparo para atender, en recogimiento y quietud, la homilía en que Juan Zorrilla de San Martín habla de la paz, de la guerra, del patriotismo, de muchas cosas esenciales y humanas (y también de algunas sobrehumanas), cosas de todos los tiempos y que en estos revueltos que vivimos ondean como banderas o como signos de contradicción.

Creo poder conjeturar, sin fundamentales yerros, la historia de este libro. Hace algunos años, en plena guerra mundial, Zorrilla de San Martín comenzó a escribir un libro cuyo título sonaba a prosa de combate: *El canto a Aegir*. Este Aegir, no sé cuál nebulosa divinidad nórdica, dios conquistador y belicoso, había sido cantado por el emperador Guillermo II en una de sus horas de diletantismo artístico. Aquel recuerdo del himno imperial y guerrero daba a Zorrilla el nombre de su libro, libro militante, de política aliada, libro pasional en el que exponía su concepción propia del conflicto universal, de la política americana y de la política internacional de su país. El libro estuvo años enteros en el taller del artista. Zorrilla de San Martín está muy lejos de ser un improvisador. Limpia y retoca y vuelve al telar sus obras con exquisita diligencia y cuidado. Este orador de abundante palabra, este fecundo prosista, ha penado mil veces sobre la página inconclusa; mil veces ha perseguido la forma inasequible y perfecta, siempre presente, como norma o arquetipo, en la mente de todo artista. Cada libro que nace es urna cineraria de otros que pudieron ser y no fueron. Acaso nuestros mejores pensamientos, los más nuestros, son los que un instante no más revuelan en silencio rozando con las alas la frente inclinada sobre el papel inmaculado como una losa sin nombre; efímeros que aparecen y danzan esclarecidos por un rayo de sol de la conciencia y ruedan luego precipitados, acaso para siempre, a la sombra y al misterio fosforescente de larvas de nuestro mundo interior. Dos ediciones alcanzó la *Epopeya de Artigas* antes de que el autor se mostrara contento de su obra, y aun quedó en los archivos de algún impresor una intermedia, informe montón de pruebas negras de anotaciones y agregados marginales. Los discursos que han granjeado su fama de orador a Zorrilla, los buenos, muchos admirables, son forjados a fuego lento y muestran el paciente trabajo de la lima. Es en las obras en verso en las que se encuentran los trozos o fragmentos menos trabajados; acaso porque en Zorrilla de San Martín el poeta en verso enmudeció demasiado pronto, desde 1887 en que apareció *Tabaré*. Sea por esta causa, sea en parte también por influencia de la forma preferida, la estrofa becqueriana asonantada, de musicalidad que mece el pensamiento como al compás de una dulce cantilena, estrofa nada plástica, propensa al abandono, a la fluidez acuosa, a la imprecisión flotante y vaga del contorno, ello es que hay en *Tabaré* páginas demasiado fáciles, en las que la palabra se desliza por la pendiente del menor esfuerzo, sigue con docilidad la línea de la mínima resistencia. Al cotejar la versión de su último libro de prosa, que ahora comento, con fragmentos anticipados por el autor, noto un tenaz esfuerzo de estilo: esfuerzo por represar su natural elocuencia, su frase de suyo caudalosa y redundante. Tiende Zorrilla de San Martín hacia la difícil facilidad, la limpidez y la transparencia de una prosa hablada, conversación familiar y discurso que busca abrirse un recto camino de persuasión y de emoción hasta el corazón del lector-oyente. El barro blando que cede y se moldea entre los dedos es deleznable como la arcilla humana, destinada a la muerte; sólo la ma-



ZORRILLA DE SAN MARTÍN, en la tertulia de la Librería BARREIRO, de Montevideo.

teria dura y resistente es digna de dar albergue a la forma imperecedeta. El lento trabajo de estilo fué más lento aun por la vastedad del plan del libro, si he de juzgar por fragmentos publicados que tocan materias muy varias, entre el enjambre de problemas de política, de moral, de religión, suscitados o agudizados por la gran tragedia... Pasaron así, sin que vieran la luz más que fragmentos de *El Canto a Aegir*, los años de la guerra.

La paz, paz de algunas horas tan trágicas y procelosas como las de la guerra misma, impuso un cambio en la concepción del libro. Quien pasó de unos en otros años sin mudar de juicio fué o porque nunca tuvo hondas convicciones o porque vivió en ellos, sin vivir de ellos, sin quemarse el alma en las llamas del inmenso incendio espiritual. Un día *El Canto a Aegir* fué bautizado con nuevo nombre: *La profecía de Ezequiel.* Con este título, hace un par de años bien cumplidos, anuncié su inminente aparición a los lectores de *La Nación*, comentando algunas páginas sueltas, tomadas al azar, que me fué dado leer. Las divinidades hiperbóreas, los dioses del bélico misticismo del César germánico, se refugiaron vencidos en su remoto Walhalla, sin que por eso se acallara el clamor de violencia y de venganza; no eran ellos los únicos poseídos de la embriaguez salvaje de la guerra y del amor a la gloria sangrienta. Con el triunfo se inició una nueva valoración moral, que traerá como secuela severas rectificaciones del juicio y del criterio sobre los pueblos y sobre las ideas:

A i posteri l'ardua sentenza...

Zorrilla de San Martín se vió entre las manos un libro aun inédito y ya envejecido, con partes muertas. La profecía de Ezequiel, la pavorosa visión bíblica, dió nuevo título a la obra, cuyo eje se había desplazado lentamente. Lentamente se fué formando un libro menos militante que el concebido en las primeras horas: invocación al espíritu, sobre el campo sembrado de huesos y despojos, como en el poema del enorme visionario de los sagrados libros.

El Sermón de la Paz, leo con asombro en la carátula del libro recién salido a luz. Noto la ausencia total, salvo algún rastro accidental, de lo que podría llamar prosa militante: páginas de concepción deformada por la pasión de la hora y por la información deficiente o tendenciosa. De aquel libro primero se ha desprendido este otro, sereno y meditativo, «casi místico, advierte el autor, un libro de lecturas espirituales». El pensamiento del escritor se cierne cada vez en más altas y puras regiones.

Renán inventó la expresión «el punto de vista de Sirio». Quiere expresar esta frase la perspectiva desdeñosa de una ironía trascendente, que se goza contemplando desde muy lejos la vanidad de las acciones y conflictos humanos. No es Zorrilla de San Martín del número de quienes aspiran a la triste superioridad de contemplar las cosas humanas como cosa extranjera, vista de un astro remoto. Nada más lejos de él que la ironía y el desdén. Sus pensamientos acompañantes se llaman amor y caridad. «Cuando en nosotros no hay paz ni alegría, dice hermosamente, las cosas no son nuestras amigas; no nos acompañan. Se llenan, en cambio, de serenidades y de pensamientos caritativos y de consejos, cuando les damos la resignación de nuestras almas. Cuando no hay alegría, dice un hombre bien pensado, el alma se retira a un rincón de nuestro cuerpo y hace de él su cubil. De cuando en cuando da un aullido lastimero y enseña los dientes a las cosas que pasan... Y, además, cuando no hay alegría, creemos hacer un atroz descubrimiento: percibimos con extraña evidencia la línea negra que limita cada ser y lo encierra dentro de sí mismo, sin ventanas hacia afuera». Es éste el tema central del libro; un sermón de consejos aquietadores, que intenta enseñarnos a sentir amable la sociedad de nuestros semejantes y de las cosas. Un libro de lecturas espirituales, fervoroso y cristiano, que predica la resignación con la suerte propia, el cariño a las altas o humildes cosas que nos rodean, porque todas ellas se ensombrecen y tornan hostiles envueltas en la bocanada del humo de nuestro tedio y se esclarecen, en cambio, radiantes con la luz estelar, de estrella interior, de nuestra serenidad. «Si así como ponemos un poco de agua en nuestro vino aceptamos un poco de dolor en nuestra dicha, la hacemos más sana, por más en armonía con el universo y más soluble en la dicha, siempre relativa, de los demás. No desentonamos; no trazamos las rayas negras de la tristeza y de la negra envidia. El hombre bueno y generoso cuando es muy feliz debe sentirse endeudado y casi avergonzado ante los que sufren». Tal es el tono de esta homilía. Su punto de vista sería el de la vieja fórmula teológica, cien veces más humana que la del ironista: contemplar las cosas *sub specie æternis*. Horadar, calar las efímeras apariencias, para tocar las esencias eternas; adentrarse hasta las entrañas mismas de la realidad. He aquí de qué manera este libro en que diserta de la guerra, del patriotismo, de muchas cosas que están en la raíz de las inquietudes universales de los años de que vivimos, ha parado en sermón de meditaciones morales.

Zorrilla de San Martín ha consagrado gran parte de su vida, casi toda su actividad de escritor y de ciudadano, a plasmar, robustecer, crear el sentimiento nacional. A ese fin tiende *Tabaré*, evocación del paisaje nativo, elegía sobre las razas sin historia que sembraron sus huesos en la tierra patria; para eso fué escrita *La Epopeya de Artigas*, epopeya de la formación histórica de la nacionalidad; *La Leyenda Patria*, nacida del mismo intento, canta la milagrosa resurrección del año 25 y la independencia final. Esta trilogía es lo fundamental de su obra: en ella sube el alma del poeta de la tradición nacional como triple espiral de incienso quemado en el ara cívica.

Frente a los nacionalismos irreductibles y agresivos que engendraron el conflicto y mantienen la alarma en el mundo, se pregunta Zorrilla de San Martín si ese concepto de patria no llevará en sí un germen de mal. Sería negar lo evidente, negar que el falso concepto de patria ha influído para desatar la tormenta e influye para mantener los horizontes encapotados y eléctricos, mientras de cuando en cuando un trueno sordo rueda en las lóbregas profundidades. «Hay un gérmen de mal, dice, bien a la vista está, que contamina a todo pueblo que se congrega y levanta una bandera. El hombre ha sido concebido en iniquidad, no hay que ponerlo en duda. Desde el instinto que aficiona al niño a jugar con soldados de plomo y a seguir los de carne y hueso, cuyas musicales bayonetas brillan al sol; desde el amor preferente, de la mujer al hombre vestido de uniforme, hasta el numen inspirador del poeta que canta al dios de la guerra y lo llama Gloria, todo nos revela que estamos bajo el enorme misterio del bien y del mal y de la muerte». Clarificar cada día mas ese sentimiento esencial del patriotismo, turbio como todos los que manan de la cenagosa fuente del corazón del hombre, tal es el designio de este sermón de paz, en el que se habla más de moral que de política. Predica el escritor la continencia, la resignación a la propia suerte, la caridad con los extraños; recibamos, nos dice, como un beneficio, alegremente, nuestro retazo de sol gratuito, eterna maravilla; aun queda sol para los otros; sofoquemos los instintos inferiores y ávidos que anidan como alimañas en las tenebrosas cavernas del alma. Limpie y depure cada uno su propio corazón, antes de aspirar a renovar la patria o el mundo; acate la ley moral si quiere que ella sea también ley de la sociedad y de la sociedad internacional. Parecerá ingenuo,

agrega el poeta, pronunciar palabras tales, amor, caridad, moral, en este conflicto de ásperos egoísmos; no andaba extraviado, sin embargo, Lloyd George, cuando las pronunciaba en plena asamblea internacional.

Repugna a Zorrilla de San Martín inclinarse ante la fuerza, aunque sea la de una mayoría. La ausencia de autoridad espiritual fué el vacío que sintieron muchos moralistas y pensadores del siglo XIX ante el avance triunfal de la democracia. Sólo un falso, bastardo concepto de la democracia pudo proclamar la ley del número como suprema y única ley. «No me gustan los templos sin más dios que la muchedumbre», leo en alguna página de *La Epopeya de Artigas*. La verdadera soberanía debe ser tambien una autoridad espiritual, fuente de una jerarquía constituída conforme a un orden moral, justo y benéfico. Del mismo modo, la autoridad internacional, en la Sociedad de las Naciones, no ha de dimanar sólo de una liga de vencedores. En torno a estas ideas centrales desenvuelve Zorrilla de San Martín las disertaciones de su libro.

Las más hermosas páginas son, sin duda, las que componen el capítulo inicial, *El alma de las cosas*. En ellas dice el encanto de su patrimonio familiar. En la Punta de Carretas, casi al borde del mar, en un recodo de la rambla costanera, junto a un faro enclavado en las rocas, posee Zorrilla de San Martín una casa. Los motivos íntimos de amar esa su casa, no suntuosa, ni rica, pero hecha por los suyos y para los suyos, techo de los hijos sustentado en los restos de la derruída casona de los abuelos, surgen de esas preciosas páginas, que contienen algunas acuarelas montevideanas, de claras tonalidades, y son de las más diáfanas y bellas que Zorrilla de San Martín haya escrito. La idea de patria, el concepto de patria, es como la prolongación y el natural ensanchamiento de la idea y el concepto del hogar doméstico, regida como está por una ley moral. Es la tierra de los padres, consagrada por sus reliquias; es el solar de la estirpe futura. Nuestro ensueño de perennidad se satisface así, dilatándose entre la doble lontananza infinita, como de mar y cielo, de la esperanza y el recuerdo. El capítulo preliminar, en que Zorrilla de San Martín muestra, en imágenes poéticas, su sentimiento de patria, es inspiradísimo.

Viene luego la apología de las patrias chicas, el elogio de las colinas melodiosas y suaves de la suya. Primero el poeta deja florecer en imágenes «las razones del corazón»; luego la razón razonante se apodera del tema y lo extiende y desenvuelve. Confieso que muchas de estas páginas segundas ni me convencen, ni me gustan sino fragmentariamente. Constituyen la parte más endeble del libro: una armazón dialéctica, a veces artificiosa y frágil, compuesta para proteger un sueño del sentimiento. ¿Por qué ha de ser Bélgica, la bilingüe Bélgica, por ser pequeña, el tipo más perfecto de unidad nacional? La encina gala tiende múltiples y robustos brazos; pero su tronco es recio y duro como una piedra y sus raíces se hincan hasta largas profundidades en el subsuelo histórico. Suiza, patria pequeña, como Bélgica, infinitamente simpática, no es una unidad nacional más consistente que Italia o Alemania. Noto también la falta de sólida información de algunos capítulos. Así el que se titula *Signo de vida y de paz;* una disertación sobre Rusia, el nacionalismo de Ukrania y su poeta Taras Screwerenko, a quien, sin conocimiento directo, reconoce como el verbo musical de esa nación; refleja en este capítulo conceptos de Carlyle, muy dudosos por lo menos. Carlyle es uno de los maestro predilectos de Zorrilla de San Martín y alguna de sus frases ha quedado ahí incrustada íntegra entre la prosa de este capítulo. Estas disertaciones, por lo demás, demasiado alejadas de otros temas del libro, permanecen como reliquias de la obra más vasta de la que ha sido desprendido.

He leído, pues, con el afecto que merece al poeta, que dice su anhelo del predominio de la ley moral en la sociedad de los hombres y en la mas vasta de los pueblos, que predica «la depuración evangélica» del sentimiento del patriotismo, que invoca al espíritu para que descienda a desvanecer y atenuar en la frente de la humanidad las salpicaduras del fango primitivo.

El ejemplar del libro que llega a mis manos es portador de palabras de dedicatoria que desean para mí y para los míos el don de la paz, *donum pacis*, y la alegría interior. Los dones excelsos de la paz y del contentamiento espiritual, diré respondiendo a esta salutación, seánle concedidos durante largos años al poeta, honor de mi tierra uruguaya, a la que su obra enaltece; séanle concedidos largos años para ver en paz florecer y fructificar en el solar paterno sus pensamientos y sus palabras, como quien en el sosiego del patio familiar bañado de sol ve jugar y crecer los hijos que han de perpetuar su nombre sobre la tierra.

GUSTAVO GALLINAL.

(La Nación, Buenos Aires).

Camoens, estudiante en Coimbra...

(Viene de la página 344).

Con la reforma de D. Juan III la Universidad alcanzó un momento de esplendor, contándose entre sus maestros, además de ilustres extranjeros, los más eminentes portugueses, entre ellos André de Gouveia, que el monarca hiciera venir de Francia, en donde Gouveia fuera uno de los más célebres profesores de Europa—«le plus grand principal de France»—y en donde tuviera discípulos como Rabelais y Montaigne. El esplendor de las humanidades, que D. Juan parecía querer desenvolver sinceramente, era, sin embargo, incompatible con el esplendor de los autos de fe, que él encendiera también; y todo ese brillo se extinguió de prisa, porque en esta época la nación decaía ya rápidamente. Después del reinado del rajah manuelino, deslumbrate de gemas orientales, embriagado de aromas de conquista, se entrara en la época siniestra de la vida portuguesa, y la patria se sumía en la sombra. Se estaba ya lejos de esa admirable era del Cuatrocientos, durante la cual Portugal es tan portugués, y cuya imagen, al mismo tiempo fuerte y gentil, consciente y osada, quedó viviendo en los paneles de San Vicente, pintados por Nuno Goncalves en honor de los hombres más representativos de nuestra raza, de los más bellos portugueses de nuestra historia, cuyos retratos es necesario de vez en cuando ir a admirar al Museo de Arte Antiguo de Lisboa, para, junto a esos antepasados, cobrar el ánimo que nos falta en unión de tantos de sus descendientes actuales.

Mas, llegado a Coimbra, comenzó a ejercerse en Camoens la influencia de su tío el monje D. Bento, que, en su calidad de prior general de Santa Cruz, desempeñaba el alto cargo de Cancelario de la Universidad; y esa influencia fué, por cierto, de las más decisivas en la educación y en el futuro del poeta. La faz del espíritu de D. Bento que más nos interesa es aquella que nos lo muestra como un espíritu cultísimo y sensible, capaz de adivinar, desde luego, el genio de su joven sobrino, cuya precocidad debía de ser simpática al ilustre monje, y cuyo caballeresco valor nosotros podemos valuar sabiendo que Luis

de Camoens solicitó tomar parte en la expedición naval con que D. Juan III auxilió al emperador Carlos V contra el gran corsario Barbarroja, contando el poeta en ese tiempo apenas once años de edad.

En la infancia o en la adolescencia de los grandes hombres, cuántas veces aparecen estos tiernos y oscuros maestros espirituales, en muchos casos hasta de condición humilde y por eso mismo más tocante.

¡Lo que no debía Garrete, por ejemplo, a su vieja ama Brígida, que le contaba de niño los cuentos de «era una vez» y le recitaba las baladas del Romancero, virtuosa depositaria del tesoro de las tradiciones populares o hada disfrazada de aya de poeta, y de cuya influencia remota y viva vino a brotar nuestro Romanticismo!

Mucho había Camoens de tener debido a la influencia de un hombre como D. Bento, cuya personalidad nos deja adivinar, a través de la distancia, una naturaleza ardiente contenida en los límites de una orden monástica, un alma de caballero encerrada en el cuerpo de un canónigo reglar. Y tanto es así, que la leyenda se apoderó de su figura, poetizándola heroicamente, cuando nos refiere que él acostumbraba a rezar delante del túmulo del rey D. Alfonso Henriques. Cuenta un viejo agiologio que «estando, pues, cierto día recitando algunas devociones delante del sepulcro del Santo Rey, D. Alfonso Henriques se le apareció glorioso, dándole las gracias por cuán excelentemente se había portado en el cargo». Estas felicitaciones del primer monarca al antiguo Cancelario de la Universidad no son, como a algunos les podría parecer, una cosa cómica, por la simple razón de que son una cosa poética y con el alto valor de revelarnos que el monje D. Bento era por su naturaleza propio para ser poetizado por la tradición que lo dió como cumplimentado por la sombra gótica del guerrero.

Para que la poesía invente, a propósito de una persona, que ella fué cumplimentada por el Santo Rey D. Afonso Henriques, es, antes de nada, preciso que esa persona sea un poeta o un héroe; y, en efecto, no me consta que en los últimos tiempos ningún Cancelario de la Universidad, hubiese recibido los parabienes del rey. Entonces, en esta florida tierra, alegre, fresca y serena, como él dice de Coimbra en una canción que de aquí a poco recordaré, entre los nobles consejos de su tío, los estudios de Aristóteles, las largas lecturas en la librería de Santa Cruz y el sortilegio del paisaje, Camoens escribe sus primeros versos. Entre ellos figura una elegía que celebra el Viernes de Pasión, elegía tímidamente compuesta, que debe haber sido su primer ensayo importante, precedida de un soneto de dedicatoria a D. Bento de Camoens, y en la cual se encuentran estos tercetos dedicados a Jesucristo:

Recebe, pão da vida, este pequeno
sacrificio de mim, á sombra escrito
de hum alto freixo deste valle ameno.

E da-me tanta graça e tanto esprito
para que sempre louve, qual espero,
o teu saber profundo e infinito.

Tomára ser Virgilio ou ser Homero,
somente no saber, que foi divino...

«Tomara ser Virgilio ou ser Homero», escribe Camoens antes de los diez y ocho años; y este verso nos sugiere que desde su primera mocedad, por aquí mismo, a la orilla de este río, el poeta pensó en la «Epopeya». Pero las poesías de Camoens, de su tiempo de Coimbra, que más nos interesan, son sus redondillas de enamorado, versos de muchacho, canciones de estudiante. En las redondillas de Camoens se distinguen con facilidad las que pertenecen al período de Lisboa,—versos de una galantería preciosa, glosando los motes de las veladas de los palacios de la Ribera, en que las damas son tratadas con cortesano respeto y en que se nombran a veces a las personas que los inspiraran;—y las que pertenecen al tiempo de Coimbra, de una encantadora y mas libre facilidad, lirismo dulce y malicioso en que continúa el fresco sabor de los «cantares viejos».

Pues, ¿qué es el célebre *Villancete de Leonor* sino el pequeño y adorable poema de la muchacha coimbricense, cuyo gracioso traje Camoens describe con tanta gracia y a cuya airosa figura ni siquiera le falta aquella cántara esbelta? Es el pequeño y adorable poema de todas las muchachas «hermosas y no seguras», las cuales, como esa linda Leonor quinientista que Luis de Camoens cantó, dejan siempre en la *saudade* de los que como él pasaron por aquí, algún recuerdo lleno de simpatía, un eco de voz cantado o una sombra de suave perfil:

Descalça vai para a fonte
Leonor pola verdura;
Vai fermosa, e não segura.

Leva na cabeça o pote,
o testo nas mãos de prata,
cinta de fina escarlata,
sainho de chamalote;
traz a vasquinha de cote,
Mais branca que a neve pura;
Vai fermosa, e não segura...

En otra canción que debe ser de la misma época, Camoens celebra a Leonor llorosa:

Na fonte está Leonor
lavando a talha e chorando,
a's amigas perguntando:
—¿Viste lá o meu amor?

Y probablemente coimbricense es también está canción linda y leve en su ritmo de danza:

Menina dos olhos verdes,
por que me não vedes?

Elles verdes são,
e têmporusança
na côr esperança
e nas obras não.
Vossa condição
não é de olhos verdes
porque me não vedes...

Estos y otros versos de Camoens exhalan el perfume de su mocedad en estos lugares vivida; y cuántas veces lo habían de afligir *saudades* de ellos en sus cruceros y destierros de Africa y del Oriente. Luego, su genio de poeta aquí desarrollado mereció la admircción más viva por parte de sus camaradas y de sus maestros, porque el mozo fué el escolar a quien incumbió escribir un acto para una de las representaciones dramáticas que en la Universidad se hacían en ocasión de las fiestas religiosas, conforme a la usanza de todas las Universidades de Europa. Coimbra tenía ya la honra de haber asistido a bellas veladas de teatro cuando Gil Vicente hiciera representar a D. Juan III, estando este rey «en la suya muy honrada, noble y siempre muy leal ciudad de Coimbra», en 1527, entre otras comedias, la de la *Devisa da Cidade*, represen-

tada en los palacios de Santa Clara la vieja y en la misma sala en donde Inés de Castro fuera muerta.

En esa comedia se trata, dice el autor, «lo que debe significar aquella Princesa, León, y Serpiente, y cáliz o fuente, que tiene por divisa» «y así este nombre Coimbra de donde procede, y así el nombre del río, y otras antigüedades de las que no es sabido verdaderamente su origen». «Todo compuesto en loor y honra de la sobredicha ciudad». Camoens escribió el *Auto dos Anfitrioes* para esta fiesta universitaria, inspirándose en la corriente vivísima de los Autos vicentinos. Es lástima que la comedia de Camoens no ofrezca condiciones más favorables para ser resucitada y representada por los estudiantes de hoy en alguna bella fiesta que se organice. Así fueron corriendo los cinco años en que Luis Vaz estuvo en Coimbra, y quién sabe si a él se referían también las palabras severas de una carta de D. Juan III al rector de la Universidad, por la cual se sabe que al rey le desagradaban mucho las serenatas:

«Yo estoy informado de que algunos estudiantes de esa Universidad, no considerando lo que cumple al servicio de Dios y mío, y la honestidad de sus personas, andan de noche haciendo músicas y otros actos no muy honestos por esa ciudad, de lo que se sigue escándalo a los ciudadanos y moradores, y poca autoridad y honra para la Universidad».

Ciertamente Camoens discutió y habló en griego y en latín con sus condiscípulos, en las horas en que en el atrio enrejado de Santa Cruz, según una descripción de la época, había gran concurso de estudiantes para los cuales era vergonzoso emplear otras lenguas que no fuesen aquéllas; estudiantes que salían como «enjambres de abejas de los dos acicalados y arreglados colegios de San Agustín y San Juan Bautista», en donde las aulas públicas eran diez, «enladrilladas y forradas y provistas de cátedras muy artísticas».

Así llegó Camoens a los dieciocho años y, partiendo para Lisboa, para la Corte, con su grado de bachiller latino, terminaba para él el único tiempo dichoso de la vida.

Más tarde Camoens recordó con tristeza, en una crisis de pasión, pero con orgullo y hasta con humorismo, el tiempo de su adolescencia en todo excepcional, su fuerza y destreza en los juegos corporales y sus tan airosos talentos de amador:

A barba então nas faces me apontava;
na luta, na carreira, em qualquier manha
sempre a palma entre todos alcançava.
De minha tenra idade, em tudo estranha,
vendo, como açontece, afeiçoadas
muitas Ninfas do rio e da montanha,
com palavras mimosas e forjadas,
de solta liberdade e livre peito
as trazia contentes e enganadas...

En la Corte nos dice el poeta que halló «malas lenguas, peores intenciones, dañadas voluntades, nacidas de pura envidia»; halló el odio de los poetas sin talento y de los cortesanos sin dignidad, entre los cuales quedó inmortalizado para nuestra repugnancia ese mediocre y abominable Andrade Caminha,—el denunciante de Damián de Góis,—¡que no tuvo pudor de rimar una chacota a la cicatriz del soldado! Por todas partes encontró traiciones y dolores, de que lo compensaron, es cierto, las simpatías preciosas y finas de las mujeres; sufrió *saudades* mortales y nostalgias, cuya vivísima expresión quedó en el eco de canciones y sonetos escritos en remotos parajes de Oriente; trabajando como escritor, como soldado y como funcionario, fué siempre pobre en un tiempo en que los capitanes y aventureros se enriquecían de prisa; dejó, en fin, la vida, como él mismo lo dice, «por el mundo en pedazos repartida»—y siempre su pensamiento se volvería hacia donde le corriera el tiempo de la hermosa adolescencia, para los lugares que abandonó en una situación que es, generalmente, considerada como un primero y misterioso destierro, los cuales celebra en esta *Canción* del más puro lirismo, en que nos revela el primer amor que sintió y exhorta a sus mismos versos a acompañarlo por estos campos y estas claras aguas, para que la canción, juntándose a ellas, quede como memoria de sus lágrimas.

Vão as serenas agoas
do Mondego descendo
e mansamente até o mar não param;
por onde as minhas magoas,
pouco a pouco crecendo,
para nunca acabar se começaram.

Mas en donde el genio de Camoens consagra a la naturaleza y a la memoria de Coimbra su himno más bello, es en el episodio de Inés de Castro, de los *Lusíadas*.

¡Momento sublime de poesía aquel en que los *saudosos* campos fueran invocados para quedar viviendo la pena de la mujer muerta de amor! En esas estrofas el canto comienza contemplativo y arrullador, se yergue elocuente en la tragedia, y en fin se marchita en acordes melancólicos, en un lacrimoso adagio en que se oyen ecos de fuentes, susurros de chopos, murmullos del río,—música que es la misma poesía de la Coimbra bella, de aquella que nosotros amamos y Camoens amó:

Estavas, linda Inés, posta em sossego,
de teus annos colhendo doce fruito
naquelle engano da alma ledo e cego,
que a fortuna não deixa durar muito,
nos saudosos campos do Mondego,
de teus fermosos olhos nunca enxuito,
aos montes ensinando e ás ervinhas
o nome que no peito escripto tinhas.

Después de esta estrofa, entonada en una zampoña de la que saliesen tonos de arpa, oigamos cómo los violoncelos sollozan en las rimas que anochecen y suenan:

As filhas do Mondego a morte escura
longo tempo chorando memorárão,
e por memoria eterna em fonte pura
as lagrimas choradas transformárão.
O nome lhe poserão, que inda dura,
dos amores de Inés que alí pasárão.
Vede que fresca fonte rega as flores,
que lagrimas são a agoa, e o nome amores.

* * *

Pero si yo escogí para esta noche de fiesta el tema que tengo desenvuelto en un estudio escrito rápidamente, a fin de poder corresponder a la amable invitación que la Asociación Académica me dirigió por intermedio de Horacio Menano, fué con el designio de sugerir hoy aquí a los estudiantes una idea que de ellos debe ser y no mía, y de cierto en todo se halla palpitando, pronta a ser de hoy en adelante el pensamiento de la Academia, y del orfeón que bellamente la representa.

¡Estudiantes de Coimbra: levantad en Coimbra el monumento de Camoens!

Ahora que, felizmente, el orfeón renació y la Acade-

mía de nuevo reunió la cofradía de cantores arrobados en la belleza y en la concordia del coro, he ahí la obra que a su iniciativa un antiguo estudiante propone. Estudiantes de Coimbra: levantad en Coimbra el monumento de Camoens. Será la imagen de Camoens adolescente, gentil escolar de Artes y Humanidades, y ésta vendrá a ser la única efigie del poeta en cuyo rostro veremos los dos ojos.

Levantando ese monumento habréis realizado la más espiritual, la más estética, la más patriótica de las obras académicas, por ser aquella que encierra, además de su belleza propia, el más noble y perdurable carácter prolóngándose a través de generaciones sucesivas. Camoens quedará siendo entonces el contemporáneo de todos los mozos portugueses que por aquí pasaron, el más ilustre y el más querido de todos los compañeros. Mas no lo levantéis en una plaza o en una calle, porque las memorias de los poetas son por demás altas y melindrosas para ser expuestas en tales lugares las imágenes que las perpetúan.

Nada más delicado y más difícil que consagrar recuerdos de artistas, naturalezas exigentes que tienen por instinto el horror de lo que no es bello.

Esas glorificaciones requieren primero una noción perfecta del buen gusto, y si el más perfecto buen gusto no las preside, nosotros podemos imaginar que aquel que se pretende glorificar se está sintiendo tristemente vejado en la inmortalidad, en cuanto los vivos que asisten a esas llamadas fiestas se sienten constreñidos en el mismo triste vejamen.

El monumento de Camoens, de que yo os hablo, hallaría el más hermoso y discreto lugar en el Jardín Botánico, mirando hacia el Mondego, de lo alto de su pedestal labrado por los ilustres canteros de Coimbra, discípulos del benemérito profesor Goncalves, en ese encantador jardín en donde ya se encuentra la estatua acogedora de Brotero, sonriendo plácidamente a la sombra de los árboles, con su sonrisa esculpida por el estatuario genial que se llamó Soares dos Reis y en el cual se ilumina la bondad de quien tanto amó las plantas y las flores.

El monumento de Camoens que vosotros levantáis será el primero que Portugal erija con belleza a su cantor, puesto que el monumento de Lisboa es mezquino y, sobre todo, tan falto de ambiente, encerrado en una plaza asaz mediocre, cuando apenas asomado al Tajo hallaría la atmósfera propicia, rodeado de ninfas de bronce; y el que existe ya en Coimbra tiene solamente el mérito de atestiguar el esfuerzo de la generación declamatoria que allí lo colocó.

Levantando ese monumento por vuestra iniciativa y con vuestros recursos, vosotros, estudiantes de Coimbra, os juntaréis al grande y bello movimiento de patriotismo que en los últimos años se tiene desenvuelto en Portugal, patriotismo intelectual que nos concedió una noción nueva de la patria, opuesta a las negaciones terribles en que fuimos educados.

Portugal nunca fué tan bien amado como en los últimos años—¡cuán independientemente de los hechos de orden incidental que tienen perturbada la vida portuguesa!—porque nunca Portugal fué tan amorosamente estudiado por sus artistas y sabios, que trabajan en silencio en donde la multitud los ignora y de la cual ellos dispensan los ruidosos aplausos, y han erguido el monumento de nuestras tradiciones, dándonos el orgullo de la razón de ser de nuestra existencia nacional, demostrando la magnífica realidad de nuestro esfuerzo consciente y de nuestro heroísmo en el pasado, desde la obra de los *Descubrimientos y Navegacianes*, hoy vista a una luz nueva que le duplica el valor histórico—para la visión de la cual concurrieron últimamente los estudios del ilustre profesor de esta Universidad, Dr. Luciano Pereira da Silva, que prolongaron hasta el infinito de los cielos la acción de los portugueses y de nuestra Epopeya—y que Luis de Camoens cantó en el Poema en que pensaba ya cuando era escolar de Artes y de Humanidades en Coimbra.

Con ese monumento erigido por escolares al más representativo de cuantos por Coimbra pasaran, con ese padrón espiritual y simbólico, vosotros, estudiantes, sentiréis más amor a la tradición de vuestra tierra, de vuestro Estado y de vuestra escuela, y el culto de la tradición—yo me enorgullezco de haber sido uno de los primeros hombres nuevos de Portugal que lo escribió y lo dijo bastantes veces en público, en palabras cuyo sentido tal vez no se haya perdido del todo—y la condición primera, la más bella y la más firme, del culto de la patria.

El busto de Camoens vendrá, en fin, a ser la propia imagen de todas las mocedades que, por aquí pasando, aquí dejan siempre alguna cosa de lo más bello que existe en cada uno de nosotros.

Y en la frente del pedestal se leería en letras de bronce el soneto, tan dulce como un beso, en que Luis Camoens se despide de Coimbra, y en que murmura su confidencia de *saudades* al paisaje bien amado: poética consagración del suelo más lírico, hecha por aquel en cuya voz nuestra alma subió quedando eterna; los versos en que el poeta, mirando las aguas del río, promete recordarlas siempre, a través de las mudanzas, de los errores y de los dolores de la vida.

Doces e claras agoas de Mondego,
doce repouso da minha lembrança,
onde a comprida e perfida esperança
longo tempo após si me trouxe cego.

Do vós me aparto, si, porém não nego
que inda a longa memoria, que me alcança,
me não deixa de vos fazer mudança,
mas quanto mais me alongo, mais me achego.

Bem poderá fortuna este instrumento
da alma levar por terra nova e estranha,
offerecida ao mar remoto, ao vento.

Mas ça alma que de a vos acompanha,
nas asas do ligeiro pensamento
para vós agoas, voa, e em vós se banha.

A. Lopes Vieira

(*La Nación*, Buenos Aires).

NOTICIA.—En este año celebra el Portugal el 4º centenario del nacimiento de Camoens.



El rayo que mata a distancia...

(Viene de la página 343).

En los pueblos cansados y decadentes, el olvidar el camino de la consulta de conciencia origina una consecuencia diferente. Se ama demasiado la bazofia de las ollas de Egipto y la quietud del establo. La comunidad, atacada de esa anemia moral, se va desmoronando internamente. Por fuera podrá parecer sana, alegre, descuidada, satisfecha de su practicismo o su materialismo; pero un soplo, cualquier choque exterior o interior, la reducirá a lo que era ya por dentro, a cenizas.

La pura curiosidad científica, motor del progreso humano, tiene su justificación en sí misma. Saber es la función natural de la inteligencia. Mas cuando penetra en el campo de las aplicaciones se le plantea el caso de conciencia. Podrá no verle, si es ciega, o no quererle ver, si es egoísta; pero allí está, porque el saber, saliendo de su esfera pura y luminosa, situada más allá del bien y del mal, ha entrado en el campo de la acción, que es territorio moral. Todavía hay saberes que deben ser esotéricos, que son un secreto de conciencia.

¿Qué efectos producirá esta conquista, este nuevo dominio sobre las fuerzas naturales de la felicidad, el bienestar y el perfeccionamiento humano?. Tal es el caso de conciencia que se le plantea al inventor. Hay inventos en que los bienes superan a a las posibilidades del mal; inventos en que bienes y males aparecen compensados, e invenciones en que los previstos frutos del mal prometen una cosecha de dolores que ahoga la probabilidad de algunos bienes remotos. Estos son los inventos diabólicos, la obra de magia que no se debe entregar a las pasiones y flaquezas de los hombres.

El tipo de estos inventos es el de nuevos medios de destrucción que hagan más mortífera y cruel la guerra y enciendan en los pueblos los apetitos bárbaros de la destrucción. La guerra no se suprimirá a fuerza de horrores. La capacidad humana para el horror es inagotable. Se hará rara, se extinguirá o se convertirá en una operación defensiva de los valores morales, creando una nueva sensibilidad moral que la repugne, como nos repugna la antropofagía y los sacrificios humanos en honor de los dioses antropófagos.

* *

El caso de conciencia planteado al inventor del rayo diabólico, o a cualquier otro inventor de obras diabólicas de semejante estilo, no es si debe vender al mejor postor su magia negra o reservársela a la comunidad política de que forma parte. Para un patriotismo moral y obtuso puede ser acto de virtud el del ciudadano que entrega a su patria un nuevo medio de destrucción desconocido. Es creencia engañosa, aun desde el punto de vista del nacionalismo de tribu. El pueblo que se cree llamado a exterminar a los amalecitas y a los madianitas engendra su propio destino de perecer a filo de espada o de caer en la esclavitud. Contra un pueblo armado de un rayo diabólico siempre se levantará otro pueblo armado de un nuevo rayo diabólico. Las obras de esta magia son inagotables.

Pero, además, debemos confesar ante los infieles y los incrédulos el sentimiento y la idea de la catolicidad o universalidad, que, ya tomen forma religiosa, ya forma natural humanitaria, nos constituyen, en miembros activos y conscientes de la Humanidad, en hombres, y que, aun sin ir unidos a un culto, tiene raíz religiosa, de vínculo espiritual entre los hombres.

El olvido del caso de conciencia hace que se puedan realizar actos dañinos sin escrúpulo ni remordimiento, como quien usa de un derecho. Al inventor del rayo diabólico no se le puede llamar un criminal, porque falta el estado de conciencia social qué concreta la figura del acto criminoso. Un hombre, valiéndose de su fuerza o de su astucia, mata a otro para adquirir dinero. Un sabio, para adquirir dinero, entrega a la barbarie humana un secreto que producirá la muerte de muchos hombres. No son iguales, aunque la figura geométrica de sus actos sea tan semejante, porque difieren el matiz de la intención y el hecho de la conciencia moral pública ante esas acciones. Mas uno y otro son pecadores y su dinero de perdición huele a sangre. Tengo por seguro que en Inglaterra se pronunciarán algunos sermones sobre el rayo diabólico. Si no es así, será señal de que van alargándose las distancias entre la vida real y el sentimiento religioso.

ANDRENIO

(La Voz. Madrid).

EDICIONES
del "Repertorio Americano"

El espejito de la Tierra

Cuando el 17 de agosto Marte se encuentre a su más pequeña distancia de la Tierra, o sea a 56 millones de kilómetros—cinco veces menos que en la actualidad—, algunos astrónomos le harán señales con un espejito, como niños revoltosos que hacen eso desde un balcón para hacer guiñar los ojos al transeunte lejano.

Los astrónomos, que siempre son unos seres un poco infantiles—¡qué diablo de chicos esos!—, utilizarán una depresión del Yungfrau, como si fuese un gigantesco espejo Mangin que lanzara sobre Marte los rayos luminosos emitidos desde la cima de la montaña por lámparas de acetileno, que producirán dos quintillones de bujías.

Marte, si eso se pudiera realizar, sorprendido por el inopinado espejo, guiñaría un ojo con sorpresa, y de muy mal humor buscaría por el espacio el maldito planeta que perturbaba su mirar sereno de siempre, quizás para dispararle un cañonazo.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

(El Sol. Madrid).

Las zonas "adoxas"

El peor de los ateísmos (y consté que los creo todos malos) no es el que pueda aprenderse en ciertos libros, sino el analfabeto y práctico, de tradición oral y popular.

Mientras los ortodoxos culpan del mal a los heterodoxos, y éstos a aquéllos, inmensas multitudes, que incluyen a mucha gente bien vestida, viven en todos los países, sin esperar más cielo que el dinero, ni tener más infierno que la cárcel, ni sentir otro imperativo categórico que el de moverse por la línea de menor resistencia. Y no es una Prensa, que no leen, sino en días de gran crimen, donde han aprendido su filosofía. La han recibido de padres a hijos, desde los tiempos de las cavernas, y si derechas e izquierdas siguen malgastando, en combatirse, las energías que necesitarían para ganar esas multitudes a la causa común de la cultura, nada podrá evitar que las ideas de las cavernas ganen los corazones de los últimos hombres.

RAMIRO DE MAEZTU

(El Sol. Madrid).

Wilson traicionado

Como San Pedro, los demócratas han negado a Wilson, antes de que sobre su tumba se hubieran secado las flores. La convención nacional demócrata ha dado, en efecto, un golpe de muerte al proyecto en el cual cifró Wilson todos sus principios de idealismo humanitario: La Liga de las Naciones. En el extenso cablegrama que sobre la adopción de la plataforma publicamos hoy, verán nuestros lectores el emocionante discurso pronunciado por Mr. Baker, Secretario de Guerra de la administración Wilson, en que defendió a la Liga, creación suprema del idealista presidente. Mr. Baker hizo un llamamiento patético a los demócratas, les mostró lo inicuo y lo cobarde del expediente que se adoptaba, sometiendo el ingreso de la Liga a condiciones que lo hacían imposible; hizo llorar a hombres y mujeres, y fue ovacionado, pero la mayoría de los delegados echó la última paletada de tierra sobre los ideales wilsonianos, por temor de perder votos en las elecciones. Siempre el triste y bajo cálculo: siempre la política ruin y utilitaria en contra de los principios nobles; siempre Sancho Panza venciendo a don Quijote; siempre Dodge, el mediocre, opacando a Wilson, el apóstol. Y siempre también la incomprensión de quienes enajenan el porvenir ante las mezquinas consideraciones del presente.

De los catorce puntos de Wilson, que fueron acogidos por la Humanidad como una nueva Era, la éra de la paz y de la confraternidad, ya no queda nada. El odio insano, que hace de las naciones lobos hambrientos, listos a devorarse, la concupiscencia y la barbarie siguen rigiendo los destinos de los hombres, hoy como hace mil años.

(*El Tiempo*, Bogotá).

Religión y política

Sin embargo, toda la vida moderna se perturba si no separamos claramente estos dos mundos: religión y política. Esa separación ha constituído uno de los mayores progresos de nuestra civilización occidental. El reino de Dios, que con tan poéticas comparaciones define el Evangelio, se refiere siempre a la depuración y perfeccionamiento de las almas; jamás a las leyes y decretos del Estado. ¿Cúya es la efigie de la moneda? ¿Del César? Pues paguemos al César el tributo. ¿Cúya es la firma de los decretos y las leyes? ¿Del César? Pues discutamos sus rescriptos como ciudadanos, y guardemos para Dios lo que es de Dios, no mezclando con las disputas de este mundo la pura espiritualidad religiosa, el reino ideal del Bien infinito y del eterno Amor.

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.
Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.
ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica